

Raúl González Fabre

La ceremonia de la confusión

El discurso económico de las candidaturas

La presente campaña electoral se encuentra centrada como ninguna sobre el tema económico; con más precisión, sobre la estructura económica futura del país. Este tópico es motivo no sólo de debates en los foros económicos tradicionales del empresariado, sino también de *slogans* propagandísticos y de buena parte del centimetrage que los periodistas dedican a la campaña presidencial, tal vez más que el ocupado por las descalificaciones mutuas y los puntos de las encuestas. Con tal abundancia de información, cabría esperar especial claridad en las posiciones, de forma que los venezolanos sepamos entre qué elegiremos en diciembre. Para comprobar si es así, nos hemos dirigido a la prensa, y hemos examinado la proyección pública del discurso económico de las candidaturas entre el 1 de septiembre y el 15 de octubre.

Al hacerlo, sabemos bien que no encontraremos el programa económico completo de ningún candidato, ni las consistentes ideas de sus asesores técnicos. Menos aún nos aparecerá aquello que realmente va a hacer quien gane; tan sólo nos habremos topado con lo que se quiere hacer creer al votante, filtrado y seleccionado por los periodistas. En suma, nos encontraremos con el mensaje que en verdad llega al elector. La experiencia del 27-F de 1989 mostró los inconvenientes de hacer creer algo muy distinto a lo que se planea llevar a cabo, al tiempo que en el calor de la campaña, todos piensan que la sinceridad más absoluta podría llevar a la derrota al audaz que la exhibiera. La tensión entre estas dos amenazas se advierte en el trasfondo de la proyección pública de las candidaturas.

El sujeto del discurso económico que nos interesa no es el partido ni el candidato, sino «la candidatura», conjunto de opinantes que coinciden o divergen según

las situaciones, pero que tienen la peculiaridad de aparecer apoyando a determinado candidato, dejando entrever que hablan en cierta forma en su nombre. La constitución comunicativa de cada candidatura es de por sí expresiva.

EL DEBATE CENTRAL

Rafael Caldera

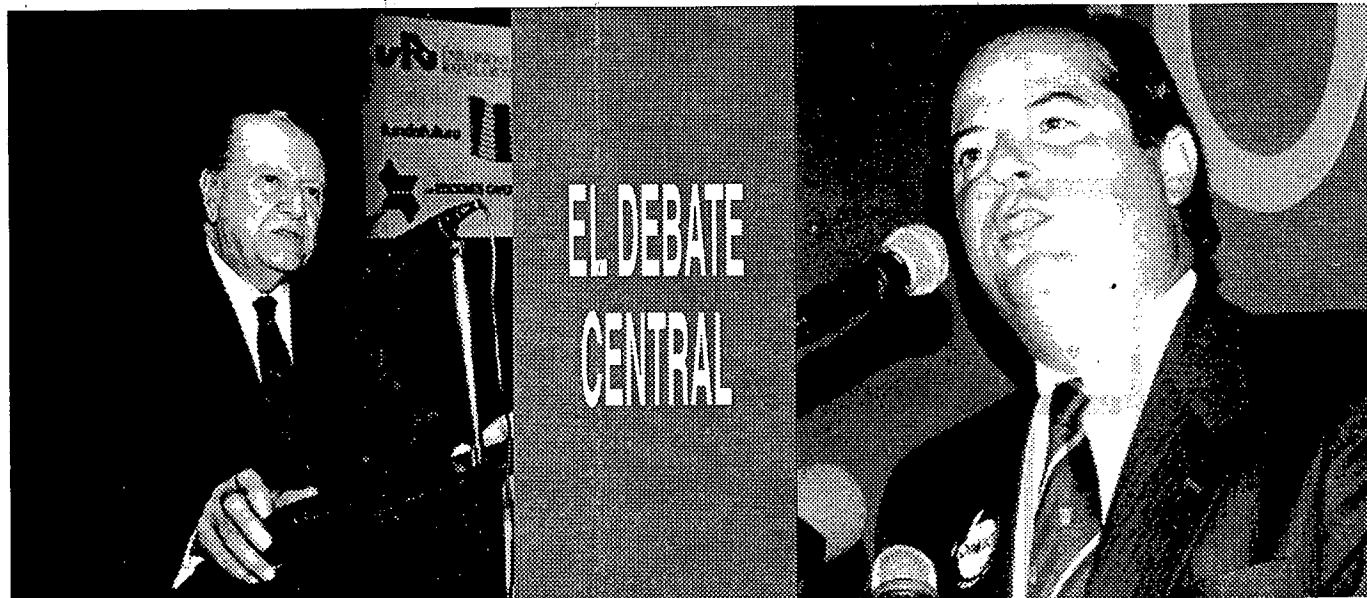
Días después de la victoria de OAP en las elecciones internas de Copei, fue Caldera quien colocó el tema económico-social como marca distintiva de su propuesta electoral, en nombre de los principios de la democracia cristiana. Indudablemente, la idea caló entre la gente abrumada por la baja del poder adquisitivo experimentada desde 1989, invirtiendo las encuestas a favor del candidato de Convergencia-MAS. Mantener la diferencia viva ha sido desde entonces el más importante trabajo de opinión de la candidatura, que en general ha llevado la iniciativa en este debate, pese a no haber presentado aún una oferta económica formal al país.

El candidato no habla a menudo de economía, y cuando lo hace se refiere más bien a altos principios ideológicos —el hombre por encima del dinero, la injusticia social de la deuda—, a la necesidad de modificar la política económica de CAP a favor del pueblo —sin decir cómo—, a determinadas medidas de protección localizada —en el sector agrícola sobre todo—, a la reestructuración de la deuda, o al cambio del IVA por una reforma del impuesto sobre la renta que peche los grandes ingresos. Abierto a la reforma de la Ley del Trabajo, piensa que ésta no debe hacerse sin el acuerdo de los trabajadores mismos. La estabilidad de la moneda parece una de sus grandes preocupa-

ciones económicas, pero curiosamente no habla apenas del control del déficit fiscal, sino que más bien parece esperar que su llegada al poder genere la confianza precisa para disminuir el plus de riesgo que se paga en este momento por conservar el dinero en el país. El núcleo del mensaje de Caldera apunta no tanto a la promesa demagógica de soluciones mágicas cuanto a proponerse a sí mismo como el hombre honesto y preocupado por su pueblo que demanda la conducción de la política económica nacional. Los detalles se irán viendo conforme vayan viniendo; lo importante es que el Presidente sea precisamente lo opuesto a CAP, y ese es Caldera. Lógicamente, se negará a participar en cualquier Acuerdo Nacional que suponga atarse las manos para modificar aspectos concretos de la política CAP.

El núcleo del mensaje propiamente económico de esta candidatura no viene pues del candidato, sino de sus asesores técnicos, en particular Asdrúbal Baptista y Julio Sosa Rodríguez. Están conscientes de la importancia de su trabajo —“la gran política de Venezuela es la política económica”, dirá Baptista—. Tres conceptos fundamentales parecen proponer: 1) la integración de la política social con la económica en una idea más amplia de la calidad de vida; 2) el petróleo no tanto como fuente de renta sino como locomotora capaz de impulsar todo el aparato productivo nacional, a partir de asociaciones con capital extranjero que permitan conservar la soberanía sobre el recurso; 3) la apertura controlada de la economía a la competencia y a las inversiones extranjeras. La necesidad de dar seguridades a los organismos financieros internacionales acerca de que no se volverá atrás, sino sólo se corregirá lo errado de las políticas macroeconómicas de CAP, provocó de inmediato la acusación de «doble discurso» —uno en Caracas, otro en Nueva York— contra la candidatura. Posiblemente, más adecuada sea la acusación de «discurso incompleto», que presenta sólo los aspectos popularmente gratos de la propuesta callando cómo se estabilizará la moneda y se bajarán las tasas de interés, como se favorecerá a los sectores productivos sobre los especulativos, o qué gastos del Estado se reducirán.

Este discurso incompleto es fatalmente completado por lo que podríamos llamar «la izquierda» de la candidatura —Avanzada Popular, los Trabajadores con



Caldera, el PCV, etc—, cuya capacidad de influencia en un presunto gobierno Caldera será seguramente pequeña, pero que entretanto no dudan en echar mano del populismo duro para atraer votos a sus tarjetas. Aparece entonces una candidatura proteccionista, anti-privatizadora, opuesta a las nuevas tecnologías que producen desempleo, contraria a todo impuesto que no sea sólo para ricos... Algún concepto emitido por el candidato es radicalizado, deformado o extrapolado para lanzarlo como promesa de retorno a áureos pasados. Lo grave de la situación es que cada cual habla en nombre de Caldera sin ser desautorizado jamás por el candidato. Parece evidente que quienes voten por él atraídos por su figura personal, quienes lo hagan convencidos por la propuesta de sus técnicos, y quienes crean que con su voto están aboliendo la apertura iniciada por CAP, están votando tres cosas distintas que con facilidad pueden llegar a ser explosivamente irreconciliables.

Oswaldo Alvarez Paz

Mientras que en el discurso económico de la candidatura Caldera coexisten los tres niveles señalados, en el discurso de la candidatura Oswaldo encontramos una sucesión en el tiempo, provocada sin duda por la lentitud de respuesta de la intención de voto, que amenaza una derrota -trágica pero evitable- en diciembre. Así, de frases gloriosas como «creo en Dios y en el mercado», que ofrecían un blanco demasiado fácil, el candidato hubo que pasar a posiciones más matizadas, que hacía me-

diados de octubre eran ya francamente populistas, rechazando el mismo IVA que Copei aprobaba, y prometiendo 120.000 millones para mejorar becas y bonos. Ello sin renunciar a algunos puntos como la privatización, o el cambio en el régimen de prestaciones y seguridad social para hacerlo más eficiente y menos gravoso al aparato productivo.

De nuevo, también aquí los técnicos vinculados a la candidatura ofrecen una imagen más estable, bastante consistente con lo que el candidato propone, salvo en el giro populista final. Contra los conceptos vertidos por Asdrúbal Baptista, los economistas de OAP, José Toro Hardy, Eloy Anzola, Agustín Berríos y Maxim Ross, nos ofrecen modelos macroeconómicos con los que estimar las medidas más eficaces para controlar la inflación y obtener tasas de crecimiento menores que las que proponían los modelos de Miguel Rodríguez, pero que sean inmediatamente perceptibles por toda la población. La opción principal de la candidatura parece ser reducir el tamaño del Estado para disminuir el déficit fiscal, y con él la inflación. Disminuir el número de oficinas públicas, privatizar la CVG, reestructurar el gasto público para hacerlo más eficiente reduciendo al Estado a sus tareas fundamentales... son las propuestas concretas. Con ellas se espera disminuir las expectativas inflacionarias del sector privado, generar confianza e iniciar un crecimiento de la productividad y el producto que tenga por protagonista al sector privado. Además de modificar el régimen de prestaciones, el sector privado pedirá para ello también la flexibilización del empleo

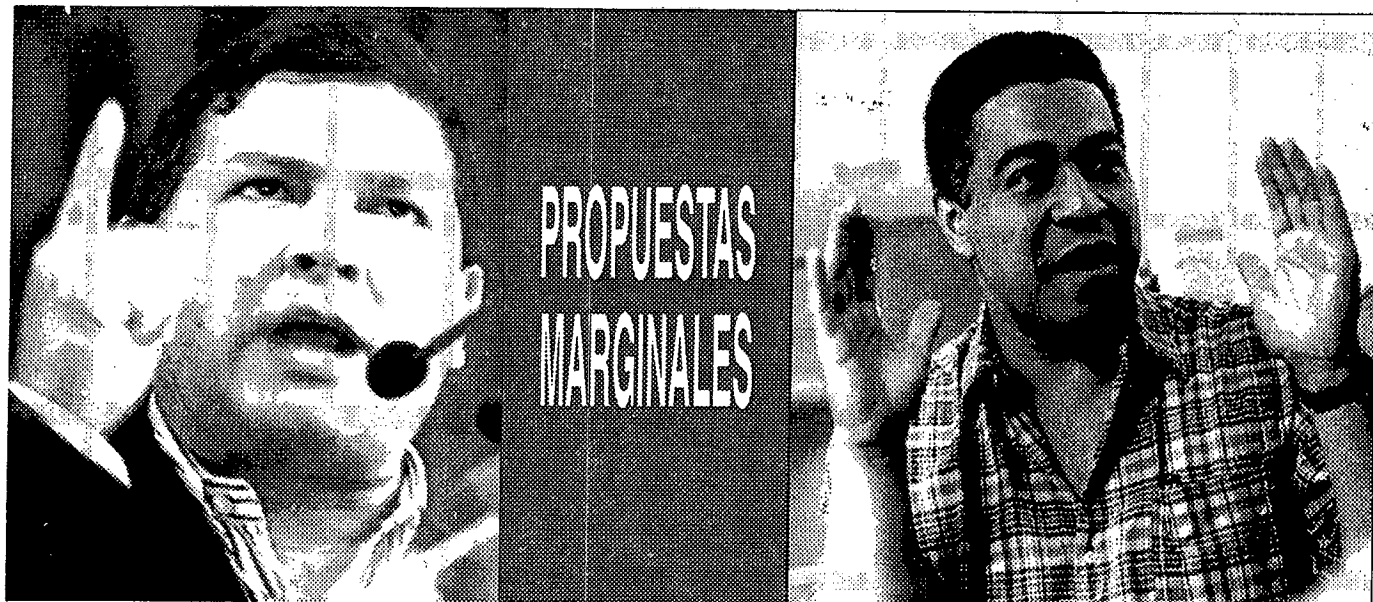
y cierta seguridad jurídica. A cambio, fluirán las inversiones privadas nacionales y extranjeras para la industrialización del petróleo, el turismo, la pequeña y mediana industria y los sectores competitivos de la agricultura, lo que acabará redundando en salarios reales más altos.

Al fin, de lo que se trata no es de revertir en manera alguna el programa macroeconómico de ajustes de CAP, sino de llevarlo a feliz término enmendando algunos errores conceptuales -la obsesión por las exportaciones no tradicionales-, sus carencias básicas -en el campo educativo, por ejemplo- y sobre todo, su apresuramiento imprudente. En ningún lugar de las declaraciones consultadas se encuentra la necesidad de revisar medida liberalizadora alguna de las ya implementadas, y el silencio respecto al aparato financiero es también significativo. El resultado lógico es la acusación de «paquetero» contra la candidatura de Alvarez Paz, que provocó el mencionado giro populista de la propaganda y las declaraciones del candidato. De nuevo, quienes voten convencidos por los economistas de OAP y quienes lo hagan por el candidato de casco verde que recorre barrios con mensajes ambiguos, estarán haciendo cosas distintas y peligrosamente confusas con la misma tarjeta.

PROPUESTAS MARGINALES

Andrés Velásquez

Mucho menor es el espacio dedicado en la prensa al discurso económico de las demás candidaturas. La de Andrés Velás-



que se presenta como un bloque monolítico candidato-partido, con una propuesta homogénea bastante simple. El país necesita una transformación radical para pasar del rentismo a una cultura de productores. Para ello, los hidrocarburos han de industrializarse abriéndose a la inversión privada, y ha de protegerse especialmente a la pequeña y mediana industria y a la agricultura nacionales, estimulándolas con nuevas tecnologías. Las industrias básicas quedarán en manos del Estado. La apertura internacional no es un *a priori* de este programa, sino que debe ocurrir gradualmente, según los sectores productivos vayan alcanzando la competitividad precisa, ayudados por el Estado. La banca extranjera debería entrar ya en el país, sin duda con el fin de limitar el poder del oligopolio financiero nacional.

Para obtener los recursos precisos para sostener el papel del Estado en una situación de transición así, la candidatura de Velásquez propone cortar por lo sano la corrupción y el despilfarro, reestructurar la deuda externa y establecer impuestos a los bienes de lujo y las cuentas en el extranjero. El papel del Estado, centro de toda la propuesta del candidato, no sería tanto el de padre tutelar de un neopopulismo inviable, como el de estimulador eficaz del aparato productivo con acciones localizadas de incidencia precisa. Y también el de estrecho controlador de los bienes públicos que facilita al sector privado para estimularlo. El detalle de cómo se pasa de la situación actual a este panorama delicioso avalado por la actuación en la Gobernación de Bolívar, no nos lo explica Andrés Velásquez. Por tal ra-

zón, su propuesta es tildada por muchos como «inmadura», y difícil de aplicar. La imagen que el desempeño de Aristóbulo Istúriz en la Alcaldía de Caracas acaba proyectando a la larga será sin duda fundamental para que el voto por la Causa R deje de ser voto-protesta y adquiera otro contenido.

Claudio Fermín

La candidatura de Claudio Fermín está constituida, a los efectos de nuestro interés, por el solo candidato. Su partido disiente públicamente de los lineamientos económicos, no hay técnicos que aparezcan exponiéndonos ideas, e incluso figuras cercanas a Fermín, como Humberto Celli, afirman no saber qué pasó con su trabajo para el programa de gobierno.

Como ha afirmado públicamente, el candidato piensa que AD no tiene nada más que perder desde su ubicación actual en las encuestas. Quizás por ello su discurso ha venido a resultar el más abiertamente liberalizador de todos. Descargar al Estado del pasivo laboral de las prestaciones, desregular la economía, asociaciones petroleras con capital extranjero, entrada de capital foráneo al mercado de capitales, acelerar la privatización, vender acciones de PDVSA, reducir el tamaño y el gasto del Estado, mantener el IVA, elevar el precio de la gasolina... son medidas imposibles de calificar como populistas. De ellas espera la candidatura un crecimiento fuerte de la economía dentro de una suerte de «capitalismo popular», fomentado y garantizado por el Estado, que convierta los barrios en urbanizacio-

nes y nos conduzca al tan adeco objetivo del pleno empleo.

Pese a ser el más definidamente liberal de los candidatos, nadie se ha tomado el trabajo de hacérselo notar, salvo dentro de su propio partido. Vista desde afuera, la campaña de Claudio Fermín luce como apuntada hacia dentro del partido, como si el 5 de diciembre fueran las elecciones internas. Ello provocó un tormentoso CDN a mediados de octubre, y una rebaja en la agresividad del programa de gobierno presentado al día siguiente. Ahora que AD se dirige publicitariamente con mensajes emotivos a los sectores más marginales del país, es claro que las necesidades electorales dificultan seguir enviando el mismo mensaje con el que Claudio ha hecho su campaña, un mensaje que malamente puede calificarse de social-demócrata.

CONCLUSION

El examen del discurso económico en prensa de los candidatos confirma la hipótesis acerca de la tensión entre los objetivos electorales inmediatos y la conciencia de quien pretende ser gobierno. Esa tensión más que resolverse en la mentira abierta, lo hace en una suerte de ceremonia de la confusión, en la que nadie acaba de decir lo que cree viable y necesario hacer. Vaguedades premeditadas, mensajes semicontradictorios, múltiples discursos gravitan sobre lo que habrá de ser el principal punto de consenso nacional durante el próximo periodo. Jugando con fuego, no será raro que acabemos por quemarnos todos.